Fragmento del nuevo del libro de Alberto Salcedo Ramos El oro y la oscuridad:

"Tal delirio fue lo que más le impresionó al siguiatra Humberto Martínez cuando lo vio por primera vez en La Habana, a principios de 1993. Sobre todo porque, según sus palabras, Pambelé presentaba trastornos sicológicos que le impedían una comunicación fluida con las demás personas. A menudo perdía la noción de sí mismo, se desdoblaba y se veía en tercera persona, como si fuera otro, otro que además conjugaba los verbos en tiempo pretérito. Pambelé hizo esto, se decía; Pambelé hizo aquello, se contestaba. Vivía en un constante monólogo interior expresado en voz alta. Le costaba mucho concentrarse en los hechos del presente, y por eso "mantenía conversaciones inadecuadas" con sus interlocutores. No les ponía atención, no se los tomaba en serio, porque su mente no estaba con ellos sino con su propio personaje, el más grande de todos los welter junior que en el mundo han sido, el boxeador cuyo jab era un látigo cargado de electricidad, el campeón que sabía darse lujos de rey. ¿O acaso usted no sabe, docto, que cuando Pambelé – sí, Pambelé, así, en tercera persona – le ganó a Yasuaki Kadota se fue con todo su séquito para el Hotel Miramar de Hawaii a festejar con vino de Oporto Vintage y langostas a la termidor? Se fue invitado por un magnate de Boston, vea usted, un multimillonario rodeado de escoltas que, sin embargo, asumía ante Pambelé un rol de siervo. Siéntate aquí, campeón, mira que esas langostas las mandé traer de mi criadero en Cambridge solo para agasajarte a ti; demos un paseo por las calles de Honolulu, campeón; anímate a pelear en Estados Unidos, que es donde está el mercado más grande del boxeo.

Martínez descubrió muy pronto que Pambelé padecía daños cerebrales debido a la pérdida de neuronas. Daños irreversibles, pensó. La ciencia podría lograr, a lo sumo, siempre y cuando Pambelé abandonara el bazuco, que el deterioro neuronal fuera menos agresivo. Sin embargo, existían posibilidades de que en el futuro sufriera afecciones en el sistema nervioso. Martínez decidió empezar el tratamiento desintoxicándolo de sí mismo, apartándolo de esa droga pesada que era el culto de su propia imagen. Le prescribió una terapia ocupacional que incluía diversas labores agrícolas. Lo aisló de los reflectores, lo rodeó de pacientes cubanos que desconocían su pasado glorioso y que no le rendían pleitesía. Aparentemente, Pambelé empezó a interesarse más en el hoy que en el ayer, pero a los diez meses cayó en una depresión profunda. Lloraba a gritos, pasaba las noches en vela. Entonces en el Hospital Siquiátrico de La Habana le dieron permiso para que viajara a Colombia. Nunca regresó, por supuesto. Y Martínez cree que no sólo se quedó en Cartagena para despacharse a gusto con las drogas, sino también para desempolvar sus credenciales de campeón".